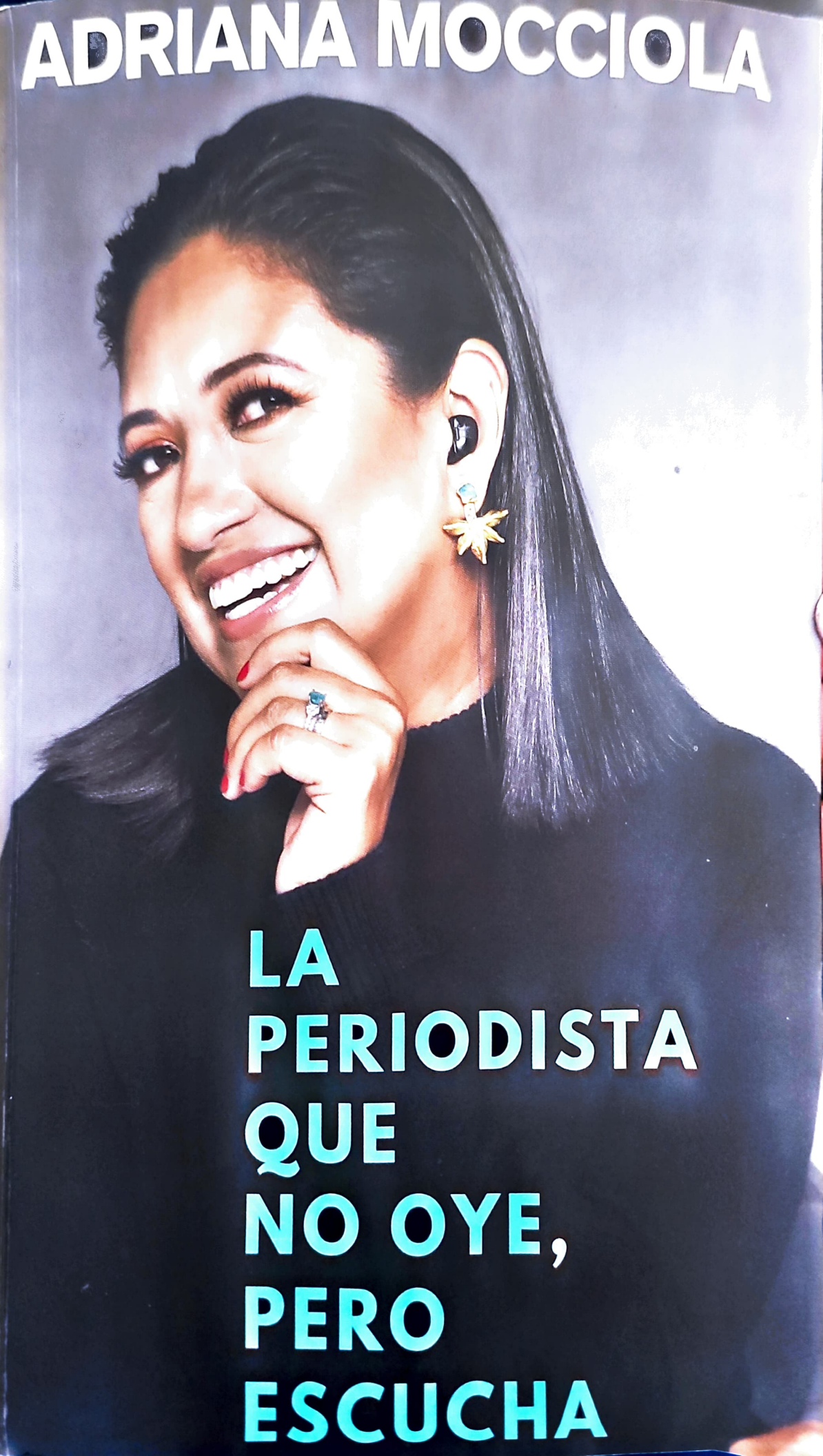


A portrait of Adriana Mocchiola, a woman with long dark hair, smiling and resting her chin on her hand. She is wearing a black top, a large gold star-shaped earring, and a ring. The background is a soft, out-of-focus grey.

ADRIANA MOCCIOLA

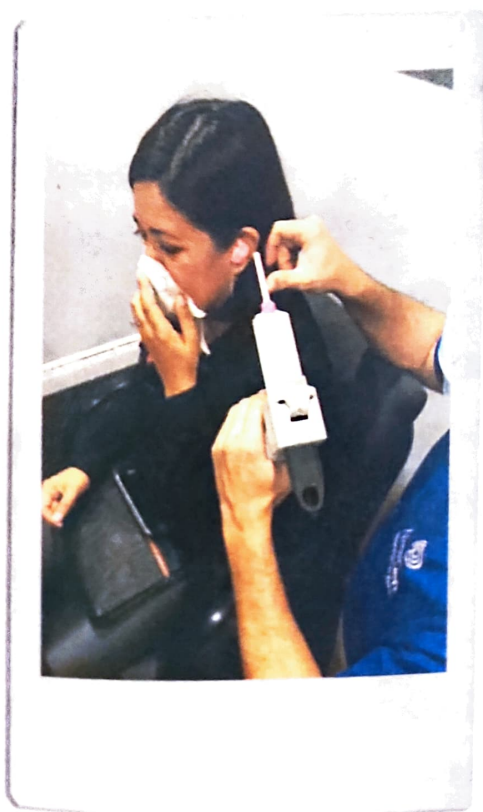
**LA
PERIODISTA
QUE
NO OYE,
PERO
ESCUCHA**

—Señora Adriana, tuvimos que recorrer todo Quito, en ningún lugar existen esas pilas raras, pero después de dar muchas vueltas encontramos 2 paquetes y se lo llevamos. El barbero lloró de emoción porque sí funcionaron. Me hubiese gustado poder intercambiar unas palabras con el muchacho, pero fue imposible porque pocas horas después estábamos en un avión rumbo a Lima, Perú, para continuar con nuestra labor periodística.

Yo sé exactamente lo que se siente no oír porque padezco esa limitación en ambos oídos, aunque sólo mi familia y mis amigos más cercanos lo saben —hasta ahora—. ¿Por qué no lo hice público antes? Porque no estaba lista para contarlo. Es que no es fácil admitir que uno depende de minúsculos aparatitos y pilas caprichosas.

—150—
Mi odisea comenzó a los treinta y tres años. Una noche Felipe, en aquel entonces mi novio, ahora mi esposo, entró al departamento y se sentó a mi lado para decirme: —Adriana, creo que hay un problema. El televisor se escucha desde el ascensor. A los pocos días esperaba en el consultorio del legendario otorrinolaringólogo Jorge Helo, un colombiano que atendía en el prestigioso Mount Sinai Medical Center de Miami Beach. Tras evaluarme se acercó y me explicó con paciencia: —Tienes pérdida auditiva neurosensorial en ambos oídos. Es extraño porque eres muy joven, pero tu cuadro luce como si fueses un paciente que supera los ochenta años. De todas maneras, prefiero que te vean en otro centro para que te hagan exámenes más sofisticados. Fue un baldazo de agua fría, o más bien, súper congelada. ¿Por qué a mí? ¿Qué sucedería con mi vida? ¿Mi capacidad de oír

podría empeorar? La audióloga Nurit Haft me llevó a una cabina con un vidrio transparente, me colocó auriculares grandes y me indicó que levantara la mano solamente cuando escuchara un sonido. Pasaba el tiempo y yo no la levantaba. Luego me dictaba palabras y yo debía repetirlas, varias veces fallé. Recuerdo los cables detrás de las orejas, similares a los que se usan en los electrocardiogramas, y más pruebas adicionales. La conclusión fue la misma: —*Tu pérdida auditiva es irremediable. Debes usar hearing aids (audífonos).* Me fui de la consulta furiosa, triste y angustiada. ¿*Hearing Aids?* No lo podía creer. ¿Qué había sucedido? No hay una respuesta científica contundente a esa pregunta, aunque todo indica que está relacionada a una sola palabra: genes.



Tras unas semanas averigüé con mi seguro médico y me llevé la gran sorpresa de que no cubría los que yo necesitaba, por lo que compré los básicos que resultaron ser más graves que la enfermedad. Me generaban dolor de cabeza, no escuchaba ni comprendía nada y el ruido me irritaba. Así estuve dos o tres años sin hallar solución porque en realidad, no estaba lista para encontrarla. Vivía en negación. De acuerdo a *HLAA (Hearing Loss Association of America)* los afectados esperan un promedio de siete años para buscar ayuda. En diciembre de 2016 iba manejando por la arbolada calle *Coral Way* y de repente a mi derecha vi un cartel que anunciaba *New Generation. Hearing Centers* (Centros de Audición de Nueva Generación). Di la vuelta y me estacioné. Entré con paso firme: —*Necesito ayuda*. Jackie, la eficiente asistente del centro médico, me anunció que el doctor Joseph Durán me vería en dos días. Gracias a ese audiólogo cubanoamericano con un doctorado en Audiología en *University of South Florida (USF)* mi vida cambió. Después de realizarme muchos exámenes concluyó que mi diagnóstico es: —*Moderatly severe sensorineural hearing loss in both ears*. O sea, pérdida auditiva neurosensorial moderadamente severa en ambos oídos. Luego agregó: —*Podemos resolverlo con los audífonos correctos para ti*. De inmediato me mostró unos pequeñitos, me demostró que eran 'inteligentes' debido a que se comunicaban entre sí y él los ajustaba en su computadora. Paradójicamente con lo que el seguro médico me cubrió me alcanzó para comprar uno, en consecuencia asumí una deuda importante y pague el segundo en cuotas durante doce meses. El especialista creó el molde de ambos audífonos con una especie de

masa rosada que al sacarla de mi canal auditivo estaba firme. Quince días más tarde me citó a su consultorio con mi esposo. El Dr. Durán, mi ángel, le explicó a Felipe que al principio yo estaría muy asustada porque sencillamente descubriría un mundo de sonidos desconocido, y que, para aliviar mi ansiedad, debía calmarme con información precisa, algo como: —*Ese sonido es del aire acondicionado, eso es el motor del refrigerador.*

Dr. Durán: —¿Estás lista?

Adriana: —Sí.

Cuando colocó mis audífonos le pidió a Felipe que me hablara:

Felipe: —Chiqui, ¿me escuchas bien?

Yo comencé a llorar, tal como lo estoy haciendo ahora mismo mientras escribo estas líneas. Eran lágrimas de pura emoción. Por primera vez oí claramente la hermosa voz de mi esposo y me pareció varonil, firme y simpática.

Dr. Durán: —¿Estás bien?

Adriana: —Sí, pero ¿por qué su silla hace tanto ruido?

Dr. Durán: —Creo que está funcionando, así que vamos afuera.

Mi esposo me tendió su brazo y al otro lado mi doctor hizo lo mismo. Caminé por el pasillo junto a ellos, lista para enfrentar un flamante mundo a mis treinta y nueve años. Cuando abrieron la puerta me sentí abrumada, perdida,

mareada, pero ambos estaban allí, sosteniéndome. La bulla de los carros, las bocinas a los lejos, las conversaciones de los transeúntes, todo mezclado era demasiada información por lo que mi primer instinto fue quitármelos, mas el doctor lo impidió: —*Vamos a ir paso a paso, empezamos con una hora al día, luego dos, después tres y así sucesivamente hasta que no puedas separarte de ellos*, lo miré desconfiada, y al mismo tiempo convencida de que todo saldría bien. Mi proceso de adaptación duró un año, los primeros tres meses de mucho susto porque desconocía los ruidos que invadían mi entorno, seguidos por tres o cuatro meses de pura distracción ya que me enganchaba con el crujido que provocaba yo misma al masticar comida, con el canto de los pajaritos, con el paso de los aviones, y con cualquier chasquido nuevo que hacía volar mi imaginación. Y finalmente, el último período al que yo llamo 'de selección' en el que aprendí a separar el ruido de fondo de los sonidos importantes. Cada día con su afán y con mis notas, ya que el doctor Durán me pidió que escribiera un diario enfocado en los sonidos a mi alrededor para poder identificar los que me molestaban, como el patético pitido que producen algunos ascensores, o los que no soportaba como el que generan ciertos vehículos al colocar las luces de cambio, para seguir ajustando mis audífonos. Hoy en día dependo de ellos al cien por ciento, me los quito únicamente para bañarme porque no deben mojarse. Ha sido una evolución maravillosa, con sus bajas y sus altas; desventajas y algunas ventajas que aparecen cuando por ejemplo un dictador comienza su discurso y yo, en honor al barbero venezolano, me desconecto para no oírlo.